LA ALFONSINA

XXIII

Por qué fué Alejandra á Mexicalzingo

Cacomixtle volvió á la casa de Caralmuro en busca de él y de don Plácido; pero la casa estaba sola y entregada al dominio de los criados. El muchacho procuró averiguar con el portero lo que pasaba, y sólo sacó en limpio que don Juan estaba preso y sin esperanza de salir, y que don Plácido había sido llevado al hospital, en calidad también de preso.

Por el pronto se había perdido toda esperanza: regresó, pues, al mesón en busca de sus protegidas, para deliberar con ellas el partido que debía tomarse.

Caminaba pensativo, cuando alcanzó á ver á don Celso que traía el mismo camino; y el chico, para evitar el encuentro, no tuvo más que meterse en una zapatería que estaba cerca.

— ¿Qué hay? dijo el zapatero.

— ¿Tendrá usted unos zapatones de á dos pesos que me vengan bien?

El zapatero sacó unos de la medida de los pies del Cacomixtle. A este tiempo don Celso pasaba frente á la puerta, pero no volvió siquiera la cara.

— Están muy buenos estos zapatos, dijo el muchacho poniéndolos sobre el mostrador y parándose en la puerta para ver á Valdespino; de veras están buenos; la lástima es que no tengo los dos pesos.

— ¿Pues cuánto das por ellos?

— Nada; si no quiero comprar, sólo era curiosidad.

Cuando el indignado mercader saltaba el mostrador para castigar la burla del muchacho, iba éste ya muy lejos.

Margarita y Alejandra le esperaban con ansia; pero el rostro del Cacomixtle les reveló lo que pasaba.

— ¿Malas noticias? preguntó Margarita.

— Malas, contestó el Cacomixtle: don Juan está preso, don Plácido lo mismo, la casa está sola, no hay ni con quién tratar.

— ¿Pues qué hacemos?

— En eso venía yo pensando; y lo peor es que ya van dos veces que me encuentro á ese malo de don Celso, y esto no me ha gustado; porque un día me coge: ¿y entonces qué harán ustedes?

— ¡Qué situación! decía Alejandra.

— Y el sitio sigue, dijo Cacomixtle, y ni con cien pesos se pasa el día: ese dinero se les acaba en un decir Jesús, y quedamos como antes.

— ¿Pero por qué está preso mi padre?

— ¡Qué sé yo! ¿cómo me había de decir el portero? Apenas me contestaba; lo único que pude averiguar fué que no había esperanzas de que saliera, á lo menos mientras dure el sitio.

— ¡Dios mío! ¿qué haremos? decía Alejandra.

— Yo creo, dijo el muchacho, que el único recurso que nos queda es salirnos de México.

— ¿Y cómo?

— Muy bien: la gente se está saliendo toda por la Viga, y dicen por ahí que no les hacen nada, ni hay riesgo. Con el dinero que tienen, podemos vivir algunos días, hasta encontrar á nuestros conocidos: y en todo caso, allí nadie se muere de hambre; aunque sea de limosna yo las mantendré, no hay cuidado.

Margarita atrajo al Cacomixtle, y le abrazó conmovida.

— Porque aquí, continuó, tenemos además de todo el riesgo de que nos llegue á descubrir don Celso; él es muy astuto, y yo ando por todas partes, y me ve en cualquier descuido, y da con ustedes, y Dios sabe lo que resultará; conque creo que lo mejor es irnos.

— Pero entretanto, mi padre... don Plácido...

— ¡Qué! al fin mientras dura el sitio, no han de poder hablarles: ya sabemos dónde viven, y acabando esto entraremos luego, luego, y derechos á la casa: no se han de mudar tan pronto.

— Tienes razón, dijo Margarita; nos saldremos.

— Entonces mañana mismo á la madrugada: atravesamos las calles al amanecer, que así será más difícil dar con don Celso, y al salir el sol, fuera. Ahora voy á ver con mucho cuidado lo que compro para comer ahora y á la noche, para no tener necesidad de salir á la calle, para mayor seguridad; y mañana á esta hora estaremos en puerto de salvación.

— Pues anda, dijo Alejandra.

Y entregó dos pesos al muchacho para la compra de provisiones.

En todo aquel día no salió ya Cacomixtle de la casa: en el mismo mesón compró dos rebozos y dos sombreros de petate para el viaje, y se acostó temprano para poder madrugar.

Amaneció; y pagado el gasto del mesón, el muchacho y las dos mujeres se lanzaron á la calle; había muy poca gente; soldados y oficiales eran lo único que encontraron, casi hasta llegar á la Viga.

En la garita había ya bastante gente de todas clases, esperando el momento en que se permitía salir. Los soldados que cuidaban del punto conversaban en derredor de las hogueras que les habían servido en la noche y que no eran ya sino montones de carbón y ceniza de donde se escapaban tenues columnas de humo.

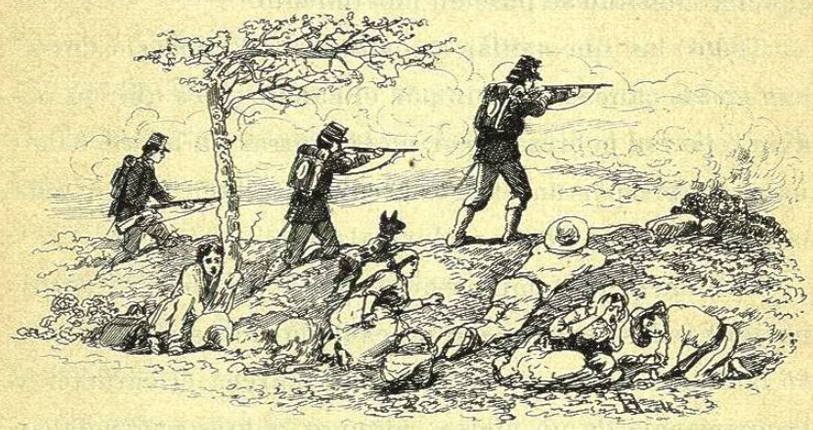
A medida que se aumentaba el concurso crecía la impaciencia y comenzaban las murmuraciones: por fin, un ayudante llegó con la orden de permitir la salida, y aquella multitud se puso en movimiento.

Todos los que tenían oportunidad de hacerlo entraban en las canoas para ir por el canal, y los que no podían ó por su pobreza ó por no encontrar ya lugar, caminaban á pie por una angosta calzadita que iba por toda la margen hasta llegar á Mexicalzingo.

El número de familias que iban á pie era extraordinario, y todos llevaban por precaución una bandera blanca en la mano, lo que daba á aquella marcha el carácter y la apariencia de un víctor: algunos pobres enarbolaban un harapo de dudoso color que servía entonces, no sólo como el anuncio de sus pacíficas intenciones, sino como el padrón de su miseria.

Causaba compasión verdaderamente ver á tantos desgraciados cargando á sus hijitos, llevando á sus enfermos y huyendo del hambre; pero todos pálidos y extenuados á un grado tal que hubo desgraciados que al llegar á Mexicalzingo quedaron muertos al tomar el primer alimento.

Los soldados rasos del ejército republicano se desprendían voluntariamente de su escaso haber y de su pobre rancho para socorrer á estas familias miserables. Y la gran casa cural de Mexicalzingo y la iglesia eran un verdadero hospicio en donde multitud de infelices encontraban abrigo y recibían de los jefes que mandaban aquella línea el alimento para sus familias.



Al salir de la garita observó Cacomixtle que muchos soldados imperialistas con sus oficiales se mezclaban entre los grupos de la gente que salía, y ocultándose entre ella se avanzaban sobre la línea de los republicanos. Conoció que se trataba, si no de una sorpresa en forma, sí al menos de una de aquellas travesuras tan comunes en los sitios, y así se lo advirtió á Margarita y á Alejandra. Los pobres caminantes iban á pasar un riesgo mortal; pero ¿qué remedio? resignarse.

En efecto, comenzaban á descubrirse ya las avanzadas que estaban en el pueblo de Santa Anita; y los liberales, acostumbrados á aquella estratagema, observaron lo que pasaba, y se rompió el fuego.

Las pobres gentes pacíficas se tendieron en el suelo durante el tiroteo, que sería como de media hora, y cuando los imperiales se retiraron, volvieron á emprender su marcha.

Margarita y su hija llegaron á Mexicalzingo al pardear la tarde; y cerca del puente en donde desembarcaban los que venían por el canal, vieron á dos mujeres que lavaban.

Alejandra las conoció primero, eran Tula y Anita: ellas, por su parte, reconocieron á sus amigas; y después de la escena de los abrazos las condujeron á su alojamiento, que, como hemos visto, era el mismo de la familia Murillo.

Anita informó á Alejandra que Jorge estaba allí y que no tardaría en llegar á la casa, porque había ido á pasear con la hermana de Murillo. Alejandra se puso á esperarle.

He aquí por qué, al volver Jorge con Elena, encontró á su novia quizá cuando él menos la esperaba.

He aquí por qué vinieron á reunirse bajo el mismo techo las dos deidades que se disputaban sin saberlo el culto de Jorge.

Pero las mujeres tienen en sus amores un espíritu de profecía; y así como Elena comprendió en Alejandra una rival, así Alejandra, aunque sin decir nada á Jorge, sintió en el corazón el veneno de los celos.

Los hombres necesitan, para conocer á sus rivales, mirarlos; las mujeres no, adivinan decididamente; y aunque no venga al caso, es preciso confesar que el hombre y la mujer son razas distintas, y que para conocer el corazón de las mujeres es fuerza haber sido alguna vez mujer y creer en la transmigración de las almas, ó no meterse á tratar del sexo bello.

CAPILLA ALFONSINA

XXIV

El nido materno

Mondragón recibió la carta de Leonor en la que le anunciaba la nueva desgracia de don Plácido; y la situación en que debía encontrarse la joven le impresionó vivamente.

A pesar de todo lo que había ocurrido, Mondragón conservaba un cariño y una ternura extraordinarios á su edad. El mismo se admiraba de aquellos sentimientos, y la inocencia de la joven, con lo poco que había sabido, le parecía fuera de duda: así es que en cuanto recibió la carta se dirigió á la casa de Caralmuro.

Reinaba allí la mayor aflicción: Leonor, que se veía sin derechos ningunos en aquella casa, nada se atrevía á disponer. Quizá, pensaba ella, se podría creer que se aprovechaba de la ausencia de don Plácido y de Caralmuro para mandar.